

La Gobernanza Hondureña en la Obra de Ramón Oquelí Garay

Por: Mario Ardón Mejía



**La Gobernanza Hondureña
en la Obra de Ramón Oquelí Garay**

“Los presidentes gobiernan, pero no mandan” (E. Galeano)

Tabla de Contenidos

Introducción	1
I. Fundamentos históricos de la gobernanza	3
La gobernanza en la historia nacional.....	4
Gobernantes políticos y militares	5
Villeda Morales y la dualidad del poder	6
Elecciones, fraudes y golpes	7
Democracia simulada y limitada	9
Corrupción, partidos y élites	9
II. Poder militar e institucionalidad	10
Ecos y reflujos del poder	12
Dictaduras, instituciones y militares	15
Discursos militares y contradicciones	15
Dictadura: teoría y práctica.....	16
Militares y poder político	16
Legado y vigencia del poder militar	16
Sucesión y control del poder.....	16
Instituciones en disputa	16
Tutela, reelección y poder militar	17
Dictaduras recientes.....	17
El porvenir de la gobernanza	17
III. Crisis institucional y cultura política.....	19
Corrupción e institucionalidad frágil.....	19
Legalidad en entredicho.....	19
Justicia, élites y tecnocracia	20
Cultura gubernamental de corrupción	20
Institucionalidad estancada	20
Crisis institucional profunda	20
Violencia y política	21
Fragmentación social y justicia deforme.....	21
Elecciones: ritual o fraude	21
Bipartidismo y bloqueo democrático.....	21

Cinismo y clientelismo	21
Carencia de nuevos liderazgos	22
Pactos rotos y falsa representación	22
Presidencialismo y culto al líder.....	22
El Artículo 4 y su incumplimiento	22
Improvisación y falta de rumbo	22
Autoridad sin ciudadanía	23
Honduras: país en proyecto	23
De la simulación democrática a la urgencia de regeneración política.....	23
IV. Democracia pendiente y participación	24
Nación y democracia inconclusa	25
Planificación: promesa incumplida	25
Gobernanza e ingobernabilidad.....	25
Proyecto nacional negado.....	26
Participación ausente.....	26
Municipios subestimados	26
Imaginación política y regeneración	27
Pedagogía para una nación compartida	27
Participar es reescribir la historia.....	28
V. Sujetos colectivos y transformación	28
Inclusión y responsabilidad compartida	29
Mujeres: testimonio y reconstrucción	30
Educación para la conciencia crítica	30
Organización social desde la base.....	31
Transformación desde la ética y la comunidad.....	31
VI. Propuesta de gobernanza transformadora	32
Fracturas, resistencias y caminos.....	33
Hacia una gobernanza posible	34
Participación como vía transformadora.....	34
Del desencanto a la corresponsabilidad	34
Consideraciones finales.....	35
Bibliografía	37

INTRODUCCIÓN

Este cuaderno nace de una revisión cuidadosa y comprometida de la obra de Don Ramón Oquelí Garay (*10/07/1934 – †18/08/2004), quien, desde su regreso a Honduras a mediados del siglo XX, se convirtió en uno de los críticos más lúcidos, valientes y amorosos del país. Amoroso en el sentido profundo: aquel que sabe reconocer las virtudes con orgullo, pero que denuncia sin titubeos las injusticias, los abusos y las traiciones a la nación. Su pensamiento se nutre de una sensibilidad ética, una memoria activa y una vocación inquebrantable de servicio público.

Este esfuerzo recoge parte de sus aportes más persistentes y necesarios, aquellos que, a lo largo de décadas, buscaban identificar ideas, experiencias y propuestas -tanto nacionales como internacionales- que pudieran contribuir a una transformación profunda de la gobernanza en Honduras. Lamentablemente, su labor de seguimiento puntual y crítico del devenir histórico del país no ha sido continuada ni por actores independientes ni por instituciones académicas. En un contexto marcado por la desmemoria, el desencanto y la normalización del autoritarismo, retomar y proyectar este legado no es un gesto nostálgico: es una urgencia patriótica y matriótica para imaginar, construir y sostener un porvenir más justo, participativo y digno.

Capítulo I se examina la historia política hondureña como una trayectoria signada por caudillismos, militarismo, clientelismo y exclusión ciudadana. A través de un enfoque crítico y documentado, Don Ramón revela las raíces estructurales de una gobernanza autoritaria y frágil, alejada del bien común. Con retratos vívidos, ironía certera y denuncia ética, interpela a la ciudadanía a no resignarse ante la simulación democrática ni a olvidar que la memoria histórica es clave para imaginar una república verdaderamente soberana.

Capítulo II se profundiza en el papel que las Fuerzas Armadas han tenido como actores determinantes en la vida política del país. Desde golpes de Estado hasta tutelas encubiertas, el poder militar ha distorsionado la institucionalidad democrática y subordinado el mando civil. Don Ramón denuncia esta cultura de tutela, pero visibiliza los intentos ciudadanos por defender la legalidad y recuperar el derecho a decidir colectivamente el rumbo de la nación. Romper con esta herencia autoritaria es condición para refundar el pacto democrático.

Capítulo III se plantea que la crisis de gobernabilidad en Honduras no es coyuntural, sino estructural. La debilidad institucional, la corrupción normalizada y el cinismo político han vaciado de contenido real la democracia representativa. La ciudadanía ha sido marginada, mientras el poder ha sido capturado por élites que perpetúan la desigualdad y bloquean cualquier transformación significativa. Solo una regeneración ética, cultural y participativa podrá romper el ciclo de la exclusión y abrir paso a una nueva institucionalidad al servicio del bien común.

Capítulo IV se aborda el déficit histórico de participación ciudadana en Honduras. La democracia ha sido más una promesa retórica que una experiencia vivida por el pueblo. Denuncia la concentración del poder, la manipulación electoral y la exclusión de las mayorías como elementos estructurales de un sistema que impide el ejercicio pleno de la ciudadanía. Frente a ello, propone construir la democracia desde abajo, fortaleciendo los municipios, reconociendo el valor de la organización popular y promoviendo una pedagogía política basada en el compromiso comunitario y la deliberación colectiva.

Capítulo V se recoge su visión transformadora centrada en los sujetos colectivos como protagonistas de una nueva república. Mujeres, jóvenes, trabajadores, educadores y comunidades organizadas son los portadores de una esperanza activa, capaces de regenerar la vida pública desde la base. Don Ramón no creía en salvadores ni en soluciones mágicas, sino en procesos sostenidos de organización y articulación social, educación liberadora y ética compartida. Su propuesta apunta a una patria construida desde la acción consciente, solidaria y territorialmente articulada.

Capítulo VI se presenta una propuesta de gobernanza que rompa con la exclusión, el centralismo, el clientelismo y la simulación democrática. La transformación que Honduras necesita no vendrá desde las cúpulas, sino desde las comunidades que se organizan, que educan, que fiscalizan y que luchan por el bien común. Gobernar no debe ser sinónimo de acumular poder, sino de servir. Esta propuesta convoca a una refundación ética del Estado, basada en la corresponsabilidad ciudadana, el respeto a la soberanía popular y la participación efectiva en la toma de decisiones.

Se cierra con una secuencia articulada de consideraciones de propuesta, inspiradas en el pensamiento vivo de Don Ramón Oquelí Garay, estas reflexiones no constituyen un cierre, sino una invitación a actuar. Se sintetizan aquí los desafíos estructurales que han moldeado un Estado excluyente y una democracia simulada, pero se trazan caminos de transformación desde la ética pública, la memoria crítica y la organización territorial. El porvenir de Honduras no está predeterminado: es una tarea histórica que exige lucidez, valentía y compromiso colectivo. Como nos recuerda Don Ramón, la república será del pueblo...o no será.

Un contexto ampliado y vigente

En 1826, José María del Barrio, segundo ministro centroamericano en México lamentaba que a esas alturas resultaba inconcebible que un periódico mexicano siguiera en la misma línea de denuncia, manifestando que desde su llegada al país notaba que entre los centroamericanos predominaba "un placer por deprimirnos". Ciento treinta años antes, el 15 de septiembre de 1856, Antonio José de Irrizari, representante guatemalteco ante el gobierno de los Estados Unidos, escribía a su canciller: "La debilidad nuestra es tal que no nos permite hacer valer nuestros derechos, y seremos tanto oprimidos por la Gran Bretaña como por los Estados Unidos. En todo tiempo, ha sido la justicia de los estados que pueden menos, el juguete de los estados que pueden más" (*Diario Tiempo*, 23/12/1989).

Posesionada de las conciencias tímidas, América Latina olvida periódicamente el sabio consejo de Bolívar: "En una república es peligroso el hombre que tiene poder muy grande" (*Tiempo*, 1/6/1971). La constante preocupación por la gobernanza llevó a Don Ramón Oqueli Garay a buscar siempre el dato contextual y puntual que permitiera enmarcar sus hallazgos dentro de un entorno histórico y cultural, otorgando coherencia a su propuesta.

Como apuntaba Héctor Atilio Pujol: "En Latinoamérica ha predominado, en la carrera administrativa, el sistema de botín. Toda organización política que llega al poder reemplaza de inmediato a gran parte de los funcionarios públicos, no con fines de mejoramiento del servicio, sino para ubicar a los partidarios, familiares y amigos de las principales figuras de la organización. Bajo el pretexto de necesitar personas de 'confianza', cada gobierno improvisa nuevo personal, y la administración pública se devana en permanente improvisación" (*La Prensa*, 30/1/1969).

Desde esa mirada, la obra de Don Ramón revela una comprensión compleja de la estructura y organización de la sociedad. Retomando temas que después desarrollarían la sociología europea y estadounidense, hace un recorrido por la historia universal para desmontar la barbarie de la pena de muerte y los sofismas utilizados para sofocar la libre emisión del pensamiento.

En sus escritos se encuentran referencias a investigaciones geográficas, gabinetes de historia natural, volcanes, anatomía, diálogos de labradores a la sombra de matas de plátano y coyolares; a la imposibilidad de la existencia de verdaderos sabios (porque ningún hombre puede saberlo todo), a la problemática indígena, la ideología, la genealogía de las ideas, la vanidad y la presunción, el orgullo y el celo de los literatos, la escritura biográfica, la locura, la alimentación, las viviendas, los terrenos, los vientos, los espejos, el ejercicio de la abogacía, el carácter clasista de las leyes, el dominio de la fuerza arbitral cuando los atletas de la guerra civil están exhaustos, la irresponsabilidad de la física y la moral, la administración de justicia, la conquista de Centroamérica, la pacificación de Nicaragua, el contraste en la producción entre El Salvador y Guatemala, las diferencias de estilo entre los fabulistas, y la necesidad de fortalecer el poder electoral para que funcionen mejor los otros tres poderes.

I. FUNDAMENTOS HISTÓRICOS DE LA GOBERNANZA

Durante el convulso siglo XIX y buena parte del XX, Honduras ha transitado por una historia política marcada por rupturas, improvisaciones y traiciones, donde la gobernanza se configuró más como un campo de disputas entre caudillos, militares y élites económicas que como un proyecto colectivo de nación. La mirada de Don Ramón Oqueli Garay permite desentrañar las raíces más profundas de esta gobernanza frágil y desigual, articulando con aguda lucidez los acontecimientos históricos con sus consecuencias en la vida pública contemporánea. Su obra no se limita a narrar hechos, sino que revela la persistencia de patrones de dominación que, con diferentes ropajes, siguen moldeando el destino nacional.

Este primer capítulo propone una inmersión crítica en las formas de ejercicio del poder desde los albores republicanos hasta las dictaduras del siglo XX, pasando por los gobiernos civiles, los fraudes electorales y los golpes de Estado. A través de una reconstrucción minuciosa, basada tanto en fuentes históricas como en testimonios y anécdotas de la vida cotidiana de los gobernantes, se expone la manera en que el Estado hondureño fue moldeado por la subordinación de la política a los intereses militares, clientelares y oligárquicos. El análisis pone en evidencia cómo la débil institucionalidad, el autoritarismo militar y la exclusión sistemática de la ciudadanía socavaron cualquier intento sostenido de construcción democrática.

Lejos de una visión neutral o cronológica, Don Ramón recurre a la crítica mordaz, al retrato humano de los protagonistas del poder y a la denuncia ética como herramientas para desmontar las imposturas del discurso oficial. En sus páginas se percibe una preocupación constante por recuperar el sentido de la historia como una herramienta para la conciencia crítica, y por recordar que el presente político del país no puede entenderse sin una lectura honesta y profunda de sus fundamentos históricos. Esta revisión no es un ejercicio académico más: es una interpelación a la conciencia nacional para evitar repetir los ciclos de corrupción, violencia y manipulación que han marcado la vida institucional hondureña.

La gobernanza en la historia nacional

El recuento puntual sobre algunos gobernantes reseñados por Don Ramón Oquelí, comenzando por Don Juan Lindo (1847-1852), permite una mejor aproximación a lo que ha pasado, está pasando y podría seguir pasando si no se emprende un proceso de refundación de la patria hondureña. Lindo, posiblemente el primer hondureño en advertir lo que se avecinaba, fue quien, en 1847, año en que reconoció oficialmente el funcionamiento de la universidad, y en pleno contexto de la invasión a México, escribió a sus conciudadanos:

"Los norteamericanos han destruido la hermosa población de Veracruz, se han posesionado de sus escombros y marchan sobre la capital; en el día no sabemos qué otras desgracias pesan sobre aquella nación...son nuestros hermanos, sus riesgos son nuestros y su suerte es la que nos espera. No debemos guardar silencio y sí ayudarles de alguna manera en su hermosa lucha."

Los liberales, según lo expone Ramón Rosa, partían de supuestos nobles pero ineficaces. En sus palabras: "El bando liberal ha sostenido muy nobles aspiraciones, pero no ha tenido acierto para fundar estable poder ni convertir las ideas en instituciones. De sus desaciertos y faltas de lógica ha provenido su inestabilidad, sus vacilaciones en el poder, la ausencia de garantías individuales y de progreso social en la práctica. Aunque han existido hombres de sentimientos liberales, este liberalismo no se ha convertido en sistema consecuente."

Añade que en Honduras no hay grandes tradiciones, ni clero rico, ni familias nobles con grandes capitales, ni masas abyectas que justifiquen un partido conservador. La propuesta de Ramon Rosa era "crear y vigorizar, por la riqueza y la instrucción, grandes elementos sociales, económicos y administrativos que, andando el tiempo, den cabida a verdaderos partidos políticos".

Ya para 1889, el padre Villavicencio informaba al presidente Bográn sobre los "manejos" de los partidarios del gobierno y los "movimientos" de sus adversarios. En la reelección de 1887, el sacerdote Rafael Carías escribía desde San Antonio de Oriente: "Al fin salimos airosos, un solo voto no hubo aquí para Arias... En Guinope fue reñida la elección, escapó de haber mojicones, tan maleado está aquello... En cambio, apuremos el ostracismo. En Maraita y Tatumbla, un solo voto no tuvo Arias... hasta aquí nuestro trabajo." El 23 de octubre presentaba su cuenta personal: "Mañana es mi cumpleaños, día de San Rafael. ¿Cómo me dará mis días el señor presidente, mi gran amigo?"

Gobernantes políticos y militares

Don Ramón aporta datos de la vida cotidiana de los gobernantes, que permiten ventilar temas más complejos. Menciona que Don Celio Arias, quien gobernó entre 1872 y 1874, era hijo de una antigua esclava de su casa, según el testimonio de Don Enrique Guzmán. Sobre Terencio Sierra, presidente en 1902, escribe: "Qué hombre tan extraño es Don Terencio; tiene a veces rasgos de bondad e ingenio, y en ocasiones me parece un desequilibrado peligroso: cuando se mete a presumir de sabio se ve muy tonto".

De la reproducción hecha por la *Revista Conservadora*, se destacan escenas casi cinematográficas como una salida de Nacaome el 1 de agosto: "El general Jerez viene en una carreta entoldada con la Pancha, su querida; el segundo jefe, Dr. Pío Castellón, trae una goma tan grande que no anda cuatro cuerdas sin acostarse bajo un jícaro; el Mayor General Dr. Toribio viene con una mujer llamada María a la grupa; Trinidad Salazar está tan borracho que no tiene ni idea de lo que sucede".

Sobre el presidente Bertrand, Don Ramón retoma una nota de *El Día* en su sección *Letras de Arena*, informando que a finales de 1918 llegó a Honduras el escritor Eduardo Zamacois. El presidente Bertrand, que vivía aislado en una casa de las afueras de la ciudad, era descrito como: "Un hombre moreno, enjuto y pequeño, que accionaba apenas y hablaba muy poco".

La década de 1920 fue escenario de una nueva guerra civil, provocada por la irresolución del Congreso para elegir presidente, y llevó a la presidencia provisional a Tosta. En 1932, nuevos conflictos se desataron cuando jefes de cuarteles intentaron desconocer los resultados electorales. En 1937 comenzó la dictadura de Tiburcio Carías Andino, que impuso un estado de sitio casi permanente durante dos décadas.

Sobre Carías, Don Ramón recoge observaciones reveladoras: "Un atractivo indio con grueso y rizado cabello, tupido bigote canoso y ojos vivaces. Tiene setenta y cinco años y parece un vigoroso deportista. Pesa alrededor de ciento veinte kilos". Pero añade con firmeza: "Las cualidades personales no pueden justificar el hecho tremendo de una dictadura prolongada. A pesar de algunas realizaciones materiales, no permitió manifestación ni opinión que no fuera la suya o la de quienes lo sostuvieron en el poder". De Carías se citan anécdotas: "Cuando le preguntaban por qué no quería contraer empréstitos en el extranjero, respondía: 'Porque me los roban, amigo'".

Sus críticas no se limitaban a la dictadura: arremetió contra José María Medina, a quien llamaba “el ahorcador de los olanchanos” y “el incompetente administrador de nuestra comunicación interoceánica”. Don Ramón destaca los liderazgos de resistencia que emergieron frente a estas dictaduras, como los de Ángel Zúñiga Huete y Conchita Padilla. Denuncia la creciente brecha entre la sociedad hondureña y unos partidos anclados en clientelismo rural y “chambismo” político.

Aborda con fino sarcasmo la teatralidad de la vida política en América Latina: “¡Ese afán de elocuencia! ¡Esos discursos tan rimbombantes! ¡Esos bigotes tan fuera de su tiempo! ¡Ese político tan enamorado de las frases!... Somos, como dice Bungue, tristes, negligentes y fanfarrones”. Y alerta sobre el riesgo de la militarización de la política, con referencias críticas a Israel, donde se comentaba la confusión entre política y milicia como un peligro creciente.

Sobre Juan Manuel Gálvez, probablemente el retrato más certero es el que labró Medardo Mejía: “presidente sin afán de notoriedad, caminaba como peatón por las calles de Tegucigalpa, leía el periódico en la sala de su casa sin temor, ni guardaespaldas. Cumplió sus deberes sin exhibicionismos ni chantajes”. Su legado administrativo fue ampliamente valorado por Valladares Rodríguez, quien sentenció: “El Dr. Gálvez hizo todo esto y mucho más, sin presentarle al pueblo como dádiva sabatina lo que su deber le imponía como primer funcionario del Estado”.

En estos fragmentos de la obra de Don Ramón Oquelí Garay se permite observar su capacidad para entrelazar el dato histórico con la crítica mordaz, el retrato con la denuncia, y la memoria con la responsabilidad ciudadana.

Villeda Morales y la dualidad del poder

Ramón Villeda Morales (1957-1963) fue una figura compleja, capaz de generar simpatía y entusiasmo popular, pero blanco de contradicciones. Se le reconoce su talento para acuñar frases cargadas de dinamismo político y su estilo oratorio jovial. Durante su gobierno se emitieron decretos como el del 27 de julio de 1959, que prohibían publicaciones escritas y habladas que predicaran doctrinas "disolventes". Esto derivó en detenciones, cateos y la incineración de libros y revistas: "Queda prohibida la edición y circulación de publicaciones que socaven los fundamentos del Estado democrático."

A pesar de estas contradicciones, muchos lo consideraban encantador, culto y civilizado. Su forma cercana de relacionarse con el pueblo, visitando aldeas de Comayagua, El Paraíso u Ocotepeque, contrastaba con los esquemas tradicionales del poder. Desde mediados de noviembre de 1957, comenzó a configurarse una clara dualidad en el mando hondureño: por un lado, el poder civil encabezado por Villeda; por otro, el poder militar, que se consolidó con el golpe de Estado del 3 de octubre de 1963, dirigido por el coronel Oswaldo López Arellano.

Este golpe marcó el inicio de una nueva etapa y las fuerzas armadas se erigieron como poder decisivo, relegando a los presidentes civiles a una posición subordinada, dependiente de la "armonía" con el estamento militar. Para muchos jóvenes, Villeda Morales no representaba el modelo revolucionario de figuras como Fidel Castro o el Che Guevara, y su simpatía por los cubanos exiliados en Miami y su adhesión al pacto de Colombia lo alejaban de las nuevas corrientes políticas. No obstante, al momento de su muerte, el pueblo reconoció su carisma y su legado como uno de los líderes populares más recordados del siglo XX hondureño.

Algunos informes aseguran que Villeda Morales pactó con emisarios de Ernesto "Che" Guevara para derrocar a Somoza, pero que el plan fue desbaratado por López Arellano mediante la acción conocida como "Chaparral", el 23 de junio de 1959. Cuatro años después, Somoza apoyaría el golpe militar contra Villeda.

En sus últimos días, Villeda Morales relataba que compartía reuniones nocturnas con oficiales de las Fuerzas Armadas, quienes, al despedirlo, le decían: "Doctor, de aquí a usted lo vamos a sacar canito, canito." El peso de la historia se encadenaba nuevamente a golpes, traiciones y promesas rotas.

Don Ramón destaca que tanto con Villeda como con Manuel Bonilla y Carías Andino, existía una voluntad popular clara, pero su ascenso al poder fue retrasado por manejos turbios y falta de respeto a la voluntad ciudadana. Finalmente, todos llegaron a la presidencia, aunque en condiciones adversas. La subordinación del poder civil al militar se fue profundizando al punto que ni siquiera una resolución presupuestaria podía incluir partidas destinadas al aparato castrense sin su aprobación.

La crónica de Don Ramón sobre esta etapa no sólo denuncia los hechos, sino que invita a una reflexión más profunda: la posibilidad del surgimiento de una nueva patria, construida desde el respeto, la participación ciudadana y la dignidad.

Elecciones, fraudes y golpes

Don Ramón Oqueli registra con agudeza el historial de inestabilidad política hondureña, que abarca desde 1824 hasta finales del siglo XX. En este periodo, Honduras experimentó más de cien cambios de gobierno y al menos 385 acciones de armas, evidenciando la persistente fragilidad institucional. La Constitución de 1957, al reconocer en su artículo 319 la posibilidad de que el jefe de las Fuerzas Armadas desobedezca al presidente "cuando surja alguna diferencia", institucionalizó una peligrosa dualidad de poder.

En 1968, año de elecciones municipales, tanto liberales como nacionalistas fueron señalados como corresponsables del deterioro democrático. Don Ramón se preguntaba si los actores políticos estarían dispuestos a actuar con mayor sensatez que en el pasado, evitando victorias vacías y promoviendo la posibilidad de una Honduras nueva. Los hechos indicaban otra dirección.

Mientras los partidos iniciaban sus campañas presidenciales con anticipación, se aplazaban o descuidaban las elecciones municipales, indispensables para fortalecer estructuras sociales autónomas. En ese contexto, Don Ramón recoge declaraciones valientes como la de un líder popular, dispuesto a formar un frente de oposición si se consumaba el fraude: "Si ese fraude se consuma, estoy dispuesto a formar parte de un frente nacional de oposición que obligue, en el futuro, a respetar los dictados de la mayoría del pueblo hondureño."

Don Ramón distinguía entre una democracia directa, en la que todos los ciudadanos toman decisiones colectivas en un solo acto, y la democracia representativa, sujeta a distorsiones si el pueblo no se mantiene vigilante. En palabras suyas: "Las elecciones son movidas por diversos intereses, y si los representados no se mantienen atentos, los representantes pueden transgredir su voluntad."

Una de las voces más firmes contra la manipulación electoral fue la del obispo Nicolás D'Antonio, quien desde la prelatura de Olancho denunció los atropellos sufridos por ciudadanos al ejercer el voto en abril de 1968. Aunque fue insultado y calumniado, su denuncia no fue en vano: en varias zonas, las elecciones de 1971 se desarrollaron con mayor dignidad.

Pese a los errores y crímenes del Partido Nacional en su gestión del Estado, seguía recibiendo respaldo electoral, lo que permitía que sus cuadros dominaran tanto el Congreso como las municipalidades. Cuando se preguntó si el triunfo liberal era una reacción al fraude y la política de las Fuerzas Armadas, la respuesta de Don Ramón fue irónica: "El triunfo liberal se ha atribuido a la IBM, a la Virgen de Suyapa, a un comunicado gallo-gallina del alto mando castrense, etc."

Analizaba con lucidez las debilidades de la izquierda, que en ese momento carecía de cohesión y dirección clara: "Nuestros comunistas son doctrinarios, y se preocupan por divulgar su doctrina, pero no intentan ir a la acción revolucionaria."

Planteaba la necesidad de que los militares votaran fuera de los cuarteles, y que los hondureños en el extranjero no fueran excluidos del sufragio. Denunciaba la persistencia del caciquismo como reflejo de la tendencia a buscar soluciones externas sin asumir responsabilidades propias y advertía con crudeza sobre la sumisión de los gobernantes ante las empresas transnacionales: "Hoy por hoy, es imposible pensar que nuestros gobernantes diseñen una estrategia separada de los intereses de las transnacionales, máxime cuando no hay presión social real para forzar un cambio de rumbo."

Este ciclo de elecciones, fraudes y golpes de Estado, narrado por Don Ramón con datos, ironía y pasión patriótica, retrata con lucidez la profunda crisis de gobernanza que ha marcado la historia de Honduras.

Democracia simulada y limitada

Don Ramón Oquelí Garay se mostraba especialmente crítico ante lo que denominaba "la farsa de la democracia representativa". Denunciaba que las campañas electorales, dominadas por los partidos tradicionales, disfrazaban como elecciones libres lo que en realidad eran pactos cupulares, sin contenido programático ni participación ciudadana genuina.

Señalaba que los procesos electorales no modificaban las condiciones de fondo. La pobreza, la desigualdad y la impunidad seguían intactas. Los partidos, lejos de ser espacios de formación cívica, eran máquinas clientelares que premiaban la lealtad con empleos y contratos. Como escribió en uno de sus artículos: "El pueblo solo aparece en escena como elector mudo, no como actor consciente del destino nacional."

Criticaba con dureza la "democracia censitaria" -bajo un registro oficial de la población- heredada del siglo XIX, en la que sólo los propietarios, letrados o influyentes participaban en la toma de decisiones. Aunque en el papel había sufragio universal, en la práctica persistía una ciudadanía de primera y otra de segunda. Cuestionaba el papel de los medios de comunicación, que según él habían sido cooptados por los poderes económicos y militares, contribuyendo a mantener una opinión pública conformista, desinformada o temerosa. La falta de pluralismo real convertía el debate político en monólogo de elites.

El lenguaje pomposo y vacío de los discursos oficiales le parecía una señal inequívoca de simulación. El desarrollo y la democracia eran usados como palabras vacías, sin correspondencia con las condiciones reales del pueblo: "Tenemos elecciones, pero no tenemos democracia. Tenemos ministerios, pero no tenemos políticas. Tenemos leyes, pero no tenemos justicia."

Llamaba a construir una democracia desde abajo, participativa, que empoderara a los sectores históricamente marginados. Proponía fortalecer los gobiernos municipales, reconocer el derecho a la organización popular y garantizar el acceso a la información y la educación como condiciones de ciudadanía plena.

Corrupción, partidos y élites

Don Ramón Oquelí Garay se refiere a la corrupción como una enfermedad crónica del Estado hondureño. Más que actos individuales, la describe como una práctica sistémica, incorporada al funcionamiento institucional. Señala que el saqueo de los recursos públicos, la malversación de fondos y los sobrepagos en contrataciones son parte de una anti-cultura política que ha normalizado la impunidad.

Critica duramente a los partidos tradicionales, que han sustituido la competencia de ideas por la disputa por cuotas de poder. La selección de candidatos se basa en la capacidad de financiar campañas, no en la trayectoria ética o la vocación de servicio. Denuncia que muchas diputaciones se convierten en franquicias personales o familiares, usadas para obtener inmunidad o ampliar negocios privados: "Hay quienes usan la curul como escudo judicial o como catapulta para nuevas formas de enriquecimiento."

La conexión entre política y empresas privadas es otra preocupación central. Don Ramón advierte sobre la fusión de intereses entre elites empresariales y dirigentes partidarios, que ha generado una oligarquía político-económica cerrada. Esta alianza captura el Estado para asegurar privilegios, exoneraciones fiscales, licencias ambientales o concesiones, debilitando la función reguladora del gobierno. Señala que el empresariado nacional no siempre impulsa una visión de desarrollo incluyente o sostenible. Muchos de sus miembros ven al Estado como botín o como obstáculo, según convenga. Esta relación ambigua erosiona la posibilidad de construir políticas públicas de largo plazo.

Don Ramón llama a romper el pacto de impunidad entre partidos, empresas y estructuras estatales. Propone fortalecer los mecanismos de auditoría social, garantizar la independencia del poder judicial, y promover una cultura de integridad pública basada en la transparencia y la rendición de cuentas.

Para él, la regeneración ética de la vida pública no es un lujo moral, sino una condición para la sobrevivencia de la república. La historia no absuelve a los cómplices del saqueo, aunque muchos de ellos se escuden tras discursos de gobernabilidad o desarrollo. Advertía que sin democracia real no habría paz duradera ni desarrollo sostenible. La legitimidad de las instituciones no podía depender de pactos entre cúpulas, sino de la participación y crítica de la ciudadanía.

Este recorrido histórico no pretende agotar las múltiples facetas de la gobernanza hondureña, sino más bien abrir una ventana al pasado que nos ayude a comprender los nudos estructurales del presente. La lectura de Don Ramón nos recuerda que los problemas de hoy -la captura del Estado, la desconfianza ciudadana, la debilidad institucional- son herederos de un modelo de poder que, lejos de extinguirse, ha mutado y se ha reciclado con nuevos lenguajes y tecnologías, pero con las mismas lógicas de exclusión y concentración.

Rescatar la historia no es un gesto nostálgico, sino una exigencia ética. Solo si confrontamos nuestros orígenes, desmontamos los mitos fundacionales y revalorizamos las resistencias populares, podremos imaginar una forma distinta de gobernanza: más incluyente, transparente, participativa y orientada al bien común. El capítulo cierra, así, con una advertencia y una esperanza: o seguimos atrapados en los ecos de un pasado que se repite, o nos atrevemos a fundar, desde abajo y con dignidad, una nueva patria.

II. PODER MILITAR E INSTITUCIONALIDAD

La historia política de Honduras ha sido profundamente marcada por la injerencia militar en los asuntos civiles y por la fragilidad estructural de sus instituciones. En este capítulo, veremos como Don Ramón Oquelí Garay examina con rigor y profundidad las raíces históricas y éticas de una gobernanza secuestrada por el poder armado, una institucionalidad manipulada desde arriba y una ciudadanía frecuentemente excluida del mando político.

Desde los efímeros ejércitos del siglo XIX hasta la consolidación de regímenes castrenses en el siglo XX, nos contribuye a desentrañar las múltiples formas en que el poder militar ha moldeado, distorsionado o aplazado los procesos democráticos, al tiempo que evidencia los reflujos sociales e institucionales que, aunque débiles, han intentado mantener encendida la llama de la participación ciudadana y del respeto al orden constitucional.

Durante el siglo XIX, el ejército hondureño duraba lo mismo que un gobierno. Con cada golpe, los oficiales eran sustituidos por quienes habían contribuido al cambio, y los soldados reclutados improvisaban brazaletes para distinguirse en el campo de batalla, los cuales cambiaban según la conveniencia del momento. Puerto Castilla, por ejemplo, cambiaba de manos con tan solo cambiar de brazaletes.

Don Ramón denuncia que la falta de autonomía y la debilidad de los partidos políticos han producido un Estado fracturado, desgarrado por su propio ejército y sometido a la mentalidad caciquil de la clase política. López Arellano (1963-1972) manejó el país y el ejército a su antojo, apoyado por uno de los partidos tradicionales.

En diciembre de 1972, con nuevos asesores, inició una tibia reforma con medidas que beneficiaban a los sectores populares, pero debilitó a su vez las organizaciones sociales que habían cobrado fuerza al final de la década anterior. Como afirma el profesor estadounidense Marc Rosenberg: "El barniz reformista que introdujo López Arellano degeneró en una cleptocracia militar hasta fines de los setenta, desacreditando a la institución castrense, llevando al país a la bancarrota y preparando el camino para que los partidos políticos debilitados y divididos redimieran la legitimidad popular."

Don Ramón enfatiza que la mayoría de las personas vive según las costumbres del entorno, y que solo unos pocos rigen su vida por principios morales. Presenció la masacre del 3 de octubre de 1963, en la que el ejército arremetió contra la Guardia Civil. López Arellano, un militar populista y ganadero de grandes extensiones, lograba gran afinidad con las masas y con los capitalistas.

En 1971, en la décima graduación de oficiales de infantería, el discurso oficial mostraba una tonalidad más cívica y constitucionalista, contrastando con la retórica anticomunista de 1963. Ya en 1965 se evidenciaba el control del ejército sobre el proceso político. El coronel Armando Escalón, quien se opuso a la intromisión militar en las elecciones, fue dado de baja el 14 de abril de ese año.

La figura de López Arellano simboliza una etapa prolongada de dominio militar. Desde 1956, tras su participación en el golpe contra Julio Lozano, se posicionó como el principal arquitecto de la política nacional. Escalón, su compañero de armas, fue retirado por disentir con el uso partidario del ejército. Don Ramón afirma que, incluso en su última etapa, López llegó a adoptar posturas más avanzadas que las de Villeda Morales, a quien había acusado de estar influido por el comunismo.

El Cuerpo Especial de Seguridad (CES) representaba una contradicción institucional: militar y no militar, político y antipolítico, protector y represor. Su accionar en las elecciones se tradujo en intimidaciones armadas y violencia preelectoral. La democracia era, una vez más, secuestrada.

El editorial de *La Prensa* titulado "Un crimen y una lección" vinculaba la tragedia familiar de Ricardo Zúñiga Morazán con el destino inmediato de la nación. Hombre de pensamiento avanzado dentro del conservadurismo militar, Zúñiga representaba una esperanza trágicamente frustrada.

Don Ramón se pregunta con gravedad: "¿Asegurarán las fuerzas armadas la perpetuación de una dictadura bajo ropajes pseudo-constitucionales, o se unirán a quienes defienden los derechos del pueblo?" Mientras los militares se mantienen armados y unidos, los civiles siguen desarmados y fragmentados. El horizonte, advierte, podría seguir teñido de verde olivo durante muchos años más.

Ecos y reflujos del poder

En la historia política de Honduras, se entretajan momentos de afirmación institucional, rupturas violentas y persistencias autoritarias que configuran una gobernanza intermitente, marcada por reflujos democráticos y ecos de un poder históricamente centralizado. Esta narrativa busca dar continuidad al análisis de las raíces históricas, éticas y estructurales del poder político hondureño tal como lo fue hilando y entretajando Don Ramón Oquelí Garay.

El 7 de mayo de 1825 la Asamblea presidida por Rafael Sevilla, con José Meza y Crescencio Gómez como secretarios, decretó que el conjunto de pueblos que conforman el Estado, incluidas sus islas adyacentes, llevaría el nombre de "**República de Honduras**". Esta decisión respondía a los principios establecidos en la Carta Fundamental, y ordenaba esculpir dicho título en los sellos, escudos, banderas y monedas del país, estableciendo así un símbolo de identidad y soberanía nacional.

Desde los albores republicanos, la disputa entre formas y fondos ha sido constante. Ramón Rosa observaba con ironía que en Honduras abundaban las constituciones, pero escaseaban las instituciones. Su crítica apuntaba al formalismo vacío que, aunque rico en leyes y decretos, carecía de prácticas democráticas efectivas. Como señalaba José Antonio López en 1880, los hondureños parecían estar dedicados exclusivamente a hacerse y deshacerse gobiernos, en una dinámica que alimentaba la inestabilidad política y socavaba la institucionalidad.

A fines del siglo XIX, Ponciano Leiva, considerado por algunos un personaje menor, se atrevía a reflexionar sobre el poder emergente de los Estados Unidos, advirtiendo sobre su supremacía continental. La influencia extranjera, sobre todo de potencias como Inglaterra y Estados Unidos, fue moldeando la gobernanza nacional, muchas veces al margen de la voluntad popular. Rafael Heliodoro Valle lo expresaba con crudeza: "una matanza de esas significa más que unos cadáveres...una nueva utilidad para quienes se nutren de la sangre de los indios, los criollos y los mestizos".

La primera década del siglo XX se vio sacudida por conflictos armados, manipulaciones electorales, y la creciente intervención norteamericana. En 1903 estalló una guerra civil por el desconocimiento de los resultados electorales. En 1906 se firmó con los gobernantes de Centroamérica un tratado de paz y amistad a bordo del Marolehead y luego en Costa Rica, que nunca se cumplió. En 1907, Manuel Bonilla fue derrocado con apoyo nicaragüense, y la frontera salvadoreña se convirtió en zona de insurgencia.

La siguiente década trajo consigo brotes insurreccionales, debates parlamentarios sobre empréstitos con la casa Pierpont Morgan, y nuevos enfrentamientos armados. El terremoto de Gracias en 1915 y la declaración de guerra a Alemania marcaron un periodo de conmoción nacional. En 1919, la imposición del candidato oficial Nazario Soriano desató la rebelión liderada por Rafael López Gutiérrez.

Mientras tanto, las generaciones de intelectuales posteriores a Ramón Rosa y Marco Aurelio Soto no lograron superar sus ideas e instituciones. En 1931, las elecciones municipales perdidas por los liberales evidenciaron el descontento popular, en medio de la crisis económica mundial. En 1933, Tiburcio Carías Andino inicia una era autoritaria que consolidaría una estructura estatal rígida y clientelar.

La huelga de 1954 marcó un punto de inflexión. Fue un estallido de las clases trabajadoras en la costa norte, que derivó en un golpe militar y, posteriormente, en la insurrección de Velásquez Cerrato contra el gobierno liberal. Las décadas siguientes, particularmente los años 60, estuvieron signados por golpes de Estado, elecciones fraudulentas, huelgas magisteriales y el conflicto armado con El Salvador en 1969.

Baeza Flores, en su análisis de esa época, responsabiliza a las dirigencias -más que a los pueblos- por la tragedia centroamericana. Sugiere que bajo la superficie de rivalidades deportivas subyacían conflictos económicos, sociales y geográficos que solo esperaban una chispa para estallar. En ese contexto, el llamado no era únicamente a la defensa militar, sino a la construcción de una base económica y social justa.

La Constitución de 1982 pretendió establecer una transición hacia gobiernos civiles, pero, como bien lo señaló Mario Posas, no se trató más que del paso de regímenes militares a gobiernos con fachada civil. La falta de transformación estructural seguía generando frustración y desesperanza. En palabras del escritor Paulino Valladares: “los viejos viven encerrados en un mutismo que quieren hacer pasar por sabiduría”.

A pesar de tantas tragedias y retrocesos, no se ha apagado del todo el trabajo ni la esperanza. En 1989 se afirmaba que Honduras cuenta con personas capaces y honestas, pero silenciosas. La urgencia de romper ese silencio sigue vigente. Como recordaba José Martí: “cuando hay muchos hombres sin decoro, hay otros que tienen en sí el decoro de muchos”.

Los ecos de la gobernanza hondureña, sus reflujos y sus promesas no cumplidas, revelan una necesidad profunda de democratización real, de participación ciudadana activa y de construcción institucional duradera. Solo así podrá Honduras superar el ciclo de dictaduras recicladas en democracias formales y emprender un verdadero camino hacia la soberanía popular y la justicia social.

En ese esfuerzo por construir memoria crítica, resulta indispensable evocar los diálogos intelectuales, como el sostenido en el Club Rotario de Tegucigalpa entre Andrés Morris, Thomas Murray y Mario Guillermo Durón. A casi siglo y medio de la emancipación del reino español, reflexionaban sobre la situación hondureña con una mirada histórica y autocrítica. Al andar se hace camino hacia la democracia participativa, recordaban, y no hay mejor forma de aprender a gobernarse que participando en el mando.

Desde los espacios locales surgieron voces críticas. Francisco Cruz, en "Honduras Industrial", señalaba que el buen alcalde debía ser un agente de progreso, y que las llagas administrativas solo se curaban con la publicidad de la prensa. En Amapala, en 1876, el vecindario y la municipalidad desconocieron al gobierno de Crescencio Gómez y proclamaron a Marco Aurelio Soto como su gobernante, adelantándose a su llegada a la isla. Casos como este revelan el papel político que las comunidades intentaron jugar frente a las imposiciones centrales.

Otros testimonios, como el del relojero español Fulgencio Barroso en Santa Rosa de Copán, reflejan una economía artesanal y de servicio, mientras que decisiones de gobierno como la instalación de agua potable en Santa Bárbara contrastan con la denegación de derechos políticos a comunidades indígenas, como los habitantes de San Andrés, a quienes se les negó su derecho exclusivo a participar en los gobiernos municipales.

En lo estructural, la especialización de funciones fue destacada por Juan Beneyto como un principio esencial del orden político: cada uno debía dedicarse a lo que estaba mejor dotado por naturaleza. Esta reflexión, tomada de la tradición veneciana, contrastaba con la política hondureña caracterizada por exclusivismos, improvisación y extremosidad del poder.

Incluso proyectos como el un aeropuerto internacional fueron atrapados en debates burocráticos y estudios técnicos superpuestos sin decisiones concretas. Los informes de 1948 y 1969, respectivamente, señalaban sitios posibles sin que se resolviera el dilema. Esto se convirtió en un símbolo de la parálisis administrativa que ha obstaculizado el desarrollo nacional e incluso algunos jefes militares se quedaron con terrenos comprados con seguridad para ser revendidos al Estado para la construcción del aeropuerto.

Desde la proclamación del nombre de la República hasta los más recientes intentos de reorganización democrática, Honduras ha sido escenario de múltiples tensiones entre tradición y transformación, entre imposición y participación. La historia de su gobernanza no puede entenderse sin reconocer estos ecos persistentes ni sin interrogarse sobre los reflujos que frenan su porvenir. Solo a través de una conciencia histórica crítica, fundamentada en la participación popular y la ética pública, se podrá construir una Honduras verdaderamente soberana, justa y democrática.

Recuadro Crítico | A Jugar Bien y en Paz

En tiempos de crisis política y estancamiento institucional, conviene volver la mirada a algunas voces lúcidas, dentro y fuera de nuestras fronteras. Clement Attlee, líder del Partido Laborista británico, afirmaba: “El Partido Laborista rechaza el método de la violencia y el recurso de la dictadura, y aspira alcanzar sus fines convirtiendo a la mayoría a su política. No cree en una minoría imponiendo por la fuerza su voluntad al resto de la nación. Los cambios que piensa realizar no pueden hacerse desde arriba. Un gobierno puede transformar las formas exteriores de la sociedad, pero necesita la cooperación activa de los ciudadanos para dar vida a estas formas”.

Esa misma convicción la comparte la historia cuando nos recuerda que el despotismo ilustrado fracasó al querer posponer la soberanía del pueblo hasta que “estuviera educado”. La verdadera educación democrática, sin embargo, solo se logra andando, participando, errando y corrigiendo. La democracia se aprende ejerciéndola.

Enrique Guzmán, desde 1902, ya ironizaba sobre nuestras farsas electorales, y Henry Kissinger advertía que el siglo XX casi no conoció el descanso. Ambos señalaban que detrás de las formas democráticas, muchas veces se oculta el vacío institucional y la continuidad del autoritarismo.

Quizás por eso, en medio de tanta confusión y violencia simbólica, la voz de Miguel de Unamuno resuena con vigencia. En un discurso dirigido a los niños de España en 1935, se arrepentía de haber bromeado sobre la guerra civil y corregía: “Sois vosotros los que tenéis que enseñarnos a jugar. A jugar sin preocuparnos de ganar o perder el juego, sino a jugar bien, bien y en paz”.

Dictaduras, instituciones y militares

Se da continuidad al análisis histórico, ético y estructural del poder político en Honduras, con énfasis en el papel de las dictaduras, el frágil desarrollo institucional y el protagonismo de los militares en la vida pública del país. A través de fragmentos de prensa, reflexiones contemporáneas y citas históricas, se profundiza en los mecanismos de dominación, resistencia y transformación que han configurado la gobernanza hondureña ante la mirada atenta y certera de Don Ramon Ouelí Garay.

Discursos militares y contradicciones

El general Oswaldo López Arellano afirmó haber gobernado con un enfoque de igualdad, sin distinción de clase ni privilegios, y expresó esperanza de que las disputas políticas dejaran de ser fuente de enemistad para convertirse en causa común. Su papel en golpes de Estado y su gestión contradicen este discurso. En 1968, surgieron discursos de corte militarista, posicionando al ejército como pilar institucional. No obstante, ya en 1971 se notaba una tendencia a discursos más constitucionalistas (Tiempo, 17 de marzo de 1971).

Algunos oficiales, como el presidente Gálvez, intentaron mantener los canales de mando civil, remitiendo solicitudes a los ministerios correspondientes, en contraste con el control centralizado del General Carías.

Dictadura: teoría y práctica

Franz Neumann definió la dictadura como "el gobierno de una persona o grupo que se arroga el poder y lo ejerce sin restricciones". En Honduras, múltiples expresiones de dictadura se han manifestado a lo largo del siglo XX. Las resistencias a tales regímenes se documentan en editoriales como los de La Prensa (13 de julio de 1968), El Cronista (15 de julio de 1968) y El Pueblo (16 de julio de 1968), que llamaban a rechazar la dictadura.

Militares y poder político

Desde la Junta Militar de 1956–1957 hasta López Arellano, los militares han sido actores centrales. El ejército hondureño, joven y en formación, buscaba justificar su papel en la política nacional. En declaraciones de 1972 (El Cronista Dominical), se señala el intento del régimen de despolitizar a las masas a través de una participación subordinada.

La Constitución de 1965 no excluía a los militares de la participación política, y aunque el discurso oficial hablaba de un ejército apolítico, en la práctica intervenían en decisiones clave, como la reelección o la designación de funcionarios. Durante las elecciones de 1971, se reconoció el comportamiento ejemplar de los soldados en la mayoría del país, aunque se mantenía la crítica a su presencia excesiva.

Legado y vigencia del poder militar

Casos como el de la "Mancha Brava", donde un oficial instó a civiles a formar su propia fuerza de choque, muestran el desprecio militar por la participación ciudadana directa. En 1975, el diario *Tiempo* criticaba la persistencia de una tutela militar que impedía la autonomía del pueblo hondureño (Tiempo, abril 29, 1975). El Boletín de la Defensa Nacional N°74 de junio de 1992 reconocía que los militares ya no se conformaban con funciones cívicas, y que deseaban reformar la sociedad desde una perspectiva paternalista, sin permitir la participación ciudadana real.

Sucesión y control del poder

La historia de las sucesiones políticas revela cómo las Fuerzas Armadas han influido directamente. En 1957, la Junta Militar no hostigó al electorado. Pero en 1967, el plan nacional de desarrollo fracasó y en 1970 se celebraron reuniones para extender el mandato constitucional basadas en supuestos avances. La elección de Villeda Morales en 1957, con apoyo militar, marcó un momento único de acatamiento civil y militar al voto, aunque pronto vendrían nuevas tensiones.

Instituciones en disputa

El análisis del poder en Honduras exige una mirada que entrelace los vaivenes históricos de la legalidad, la participación militar, el desgaste institucional y las narrativas de democracia o dictadura que coexisten y se contradicen. Este documento propone una lectura crítica de estas dinámicas, reordenando elementos documentales y testimoniales en función de una secuencia narrativa que avanza desde las expresiones más superficiales de la ilegalidad hasta las raíces más profundas del conflicto entre mando civil y poder militar.

Tutela, reelección y poder militar

El papel de las Fuerzas Armadas ha sido determinante en la configuración del Estado hondureño. De su rol inicial como defensores del orden constitucional, pasaron a convertirse en tutores de la democracia, con una participación política justificada bajo la lógica de la “estabilidad”. Su presencia en procesos electorales y su capacidad para emitir proclamas políticas han minado la soberanía civil. La subordinación del poder civil a los mandos militares ha sido justificada desde una visión paternalista que distorsiona la noción republicana de autoridad. Incluso, se ha promovido la integración “controlada” de sectores populares bajo lógicas clientelares que terminan por despolitizar la ciudadanía.

Dictaduras recientes

Este trasfondo se inserta en una historia marcada por la tensión entre autoritarismo y democracia. Desde las agresiones externas hasta la inercia interna, el país ha transitado por experiencias dictatoriales que han dejado cicatrices hondas en la memoria nacional. La teoría de la dictadura, como la expone Franz Neumann, cobra sentido en el caso hondureño, donde se ha confundido el orden con la represión y la legalidad con el silencio. La gestión de Oswaldo López Arellano es paradigmática de esa tradición militarista, que desemboca en el “paragolpe” y en transiciones pactadas que no rompen con el pasado. La Junta Militar de 1956 y la elección de 1957 reflejan esa voluntad de cambio contenida, mientras la narrativa constitucionalista apenas logra contener las aspiraciones autoritarias.

Se va hilvanado una secuencia crítica de reflexiones y evidencias sobre la gobernanza hondureña, develando cómo el poder ha sido constantemente disputado entre formas civiles y militares, entre discursos institucionales y prácticas autoritarias. La continuidad temática con el análisis de la obra de Don Ramón Oquelí se profundiza aquí con una apuesta metodológica que combina memoria estructural y conciencia histórica. No se trata solo de denunciar, sino de comprender las raíces éticas y políticas de una institucionalidad vulnerable. Solo desde esa comprensión es posible imaginar una democracia efectiva, con justicia social, con dignidad compartida y con una ciudadanía que ya no se rinda ante la repetición del pasado.

El porvenir de la gobernanza

El país sigue a la deriva en muchos aspectos. La ciudadanía continúa cuestionando la legitimidad del poder y la efectividad de sus instituciones. Se hace urgente una redefinición de la relación entre civiles y militares, así como un compromiso real con la construcción de una república democrática, ética y participativa, donde se erradique la corrupción, se respete el sufragio y se fortalezca el Estado de derecho.

Como advirtió Eduardo Galeano, "los presidentes gobiernan, pero no mandan". La lucha por cambiar esta realidad continúa siendo uno de los desafíos centrales de la historia política hondureña.

Reflexión sobre la inercia histórica: Saqueo y chantaje

“Nuestra vida pública ha flotado a la deriva, ejercitada exclusivamente por una minoría, mientras el pueblo permanecía alejado y ajeno a las decisiones que le afectaban.”

El Comentario sobre el presidente López Gutiérrez: “El presidente López continúa encerrado en sus residencias. Parece que su función solo la ejerce frente a sus colegas; es el presidente de los hondureños en el extranjero.”

Crítica de HI Margall: “Preciso es confesar, que la debilidad de los gobiernos es aún mayor que su ignorancia.”

¿Qué es una dictadura?

Según Franz Neumann: “Es el gobierno de una persona o de un grupo de personas que se arrojan el poder dentro del Estado y lo monopolizan, ejerciéndolo sin restricciones.” (*Fuente: La Prensa, 8 de noviembre de 1968*)

“¿Quién manda en Honduras?”

“Podemos atribuir la situación de progresiva discordia a las dudas sobre quién y cómo se manda en Honduras.” (editorial anónimo, 1968). Esta pregunta atraviesa décadas de historia hondureña: entre presidentes formales, juntas militares, poderes económicos y tutelas extranjeras.

El extenso recorrido histórico que aquí se plantea muestra que el dominio militar no ha sido un accidente, sino una constante articulada con intereses políticos, económicos y geopolíticos que han subordinado la voluntad popular a los pactos de cúpula. Desde los “paragolpes” hasta las dictaduras prolongadas, pasando por elecciones amañadas y reformas simuladas, la institucionalidad hondureña ha oscilado entre la apariencia democrática y la imposición autoritaria. Sin embargo, persisten, en la memoria histórica y en las prácticas sociales, semillas de resistencia, dignidad y esperanza: voces ciudadanas, alcaldías insurgentes, movimientos sociales, editoriales valientes y comunidades que, desde abajo, han sostenido la exigencia de una verdadera república.

Construir el porvenir de la gobernanza democrática hondureña implica romper con la tutela militar, desmontar las redes de corrupción que ligan poder y privilegio, y recuperar el sentido ético de lo público. Más allá de las formas constitucionales, se requiere una transformación cultural y política que devuelva la soberanía al pueblo, no como consigna abstracta, sino como práctica cotidiana. Como lo insinúa el legado de Don Ramón, la refundación de la patria no puede postergarse más: se trata de imaginar y construir un Estado justo, transparente y participativo, donde el pueblo deje de ser espectador silenciado y recupere su derecho irrenunciable a mandar.

III. CRISIS INSTITUCIONAL Y CULTURA POLÍTICA

La crisis política hondureña no puede entenderse únicamente como un problema de inestabilidad o de gobiernos fallidos, sino como una configuración histórica y estructural donde el deterioro institucional, la cultura del cinismo y la fragmentación social han producido una gobernabilidad simulada. Se profundiza en los mecanismos que, más allá de los discursos democráticos, han legitimado prácticas de exclusión, corrupción, violencia y vaciamiento del sentido del poder público.

Se examina cómo la representación política se ha divorciado de la ciudadanía, cómo el Estado ha perdido su capacidad de mediación y garantía colectiva, y cómo la legalidad, lejos de ser principio rector, ha sido utilizada de forma selectiva y facciosa para perpetuar privilegios y bloquear transformaciones profundas. El resultado es una institucionalidad debilitada, atrapada entre el ritualismo electoral y el desmantelamiento de la ética pública.

La historia contemporánea de Honduras no puede comprenderse sin explorar el trasfondo conflictivo que ha acompañado el ejercicio del poder, la representación política y la legitimidad institucional. Lejos de ser anomalías aisladas, la violencia, el fraude electoral, el clientelismo y el cinismo político han funcionado como engranajes persistentes de un sistema que margina a la ciudadanía y concentra el poder en élites desconectadas de las necesidades colectivas.

Se examina en clave crítica y estructural los mecanismos mediante los cuales la violencia se normaliza, las elecciones se vacían de contenido democrático y el Estado se convierte en instrumento de exclusión antes que en garante del bien común. A través de una narrativa organizada y documentada, se revela cómo la gobernabilidad hondureña ha oscilado entre simulacros de apertura y prácticas autoritarias, perpetuando un ciclo donde la democracia prometida se ve constantemente pospuesta.

Corrupción e institucionalidad frágil

La Prensa (15 de noviembre de 1967) denunciaba una clase política más interesada en repartirse el erario público que en transformar el país. En 1971, se cuestionaba si en el próximo gobierno seguirían los "atracos a la hacienda pública" y otros abusos administrativos (Tiempo, 6 de mayo de 1971). El mismo año se exigía que la nueva administración barriera con los residuos de corrupción, incluyendo altos sueldos injustificados, deshonestidad y contrabando.

Legalidad en entredicho

Uno de los rasgos más visibles de la crisis institucional hondureña es la normalización del incumplimiento de la ley. La historia reciente evidencia una peligrosa costumbre: transgredir la norma desde el poder, mientras se sostiene un discurso formalista que no se traduce en aplicación ni en justicia real. Doce constituciones no han sido suficientes para instaurar un verdadero Estado de derecho. Se ha cultivado una doble moral legal: se legisla, pero no se cumple; se condena, pero no se sanciona. La legalidad se utiliza de manera facciosa, como arma política y no como fundamento ético de la convivencia democrática.

Justicia, élites y tecnocracia

La fragilidad de la legalidad se refleja en una justicia instrumentalizada, subordinada a los intereses de legisladores oportunistas, élites económicas reacias a toda redistribución social y tecnócratas desconectados del país profundo. Mientras el discurso público evita la autocrítica, se imponen narrativas que desvirtúan la voluntad popular. La justicia no llega por decreto ni se impone de un solo "pencazo". Su precariedad es funcional a los privilegios de unos pocos que bloquean todo intento de transformación estructural.

Cultura gubernamental de corrupción

Más allá de los casos puntuales, la corrupción ha sido elevada a práctica sistémica, consolidando una anti-cultura de gobierno donde prima el saqueo y no el servicio público. Los ciclos de prebendas y atracos se suceden sin ruptura, mientras se encubren con discursos esperanzadores que rara vez se traducen en acción efectiva. La parálisis estatal convive con el autoelogio y la autocomplacencia, degradando el valor de las instituciones y el vínculo con la ciudadanía.

Institucionalidad estancada

El anhelo de una institucionalidad democrática ha sido reiterado en discursos oficiales, pero pocas veces se ha materializado con seriedad. Persisten estructuras sociales profundamente desiguales y una desatención sistemática al bienestar colectivo. La falta de voluntad para reformar el aparato estatal ha permitido una anarquía de poderes, donde el orden constitucional es más una aspiración que una realidad. Ante esta deriva, se impone la urgencia de construir una nueva ciudadanía y una república renovada, capaz de reclamar justicia social, equidad y dignidad institucional.

Crisis institucional profunda

Desde mediados del siglo XX, la debilidad estructural del Estado hondureño ha sido evidente. Se reconocía que la protección social era escasa, y que fenómenos como el abandono infantil, la desnutrición, el desempleo y las enfermedades eran tratados con campañas aisladas o paliativos sin impacto duradero. Josué de Castro advertía que se daba demasiada importancia a la función administrativa, descuidando la función productiva. La Prensa del 9 de febrero de 1968 llamaba a exigir respeto íntegro a la ley.

Frente a la inercia histórica, había quienes apostaban por construir algo nuevo, promoviendo una mayor responsabilidad colectiva: "Donde quiera que haya una capa de la sociedad con déficit de desarrollo, hay un problema social" (La Prensa, 16 de septiembre de 1968).

Violencia y política

A lo largo del siglo XX hondureño, la violencia ha sido más que un síntoma: ha funcionado como partera trágica de cambios políticos fallidos. Lo que para algunos pensadores como Guevara significaba una condición de ruptura necesaria, en el contexto hondureño se volvió una constante sin progreso. Asesinatos políticos, golpizas impunes y desapariciones temporales instauraron un clima de terror intermitente. La represión no fue consecuencia de actos individuales, sino estrategia dirigida contra sectores sociales completos, con efectos duraderos en la subjetividad nacional.

Fragmentación social y justicia deforme

La sociedad, dividida entre la resignación y la desconfianza, reaccionaba de forma ambigua. La justicia por mano propia contra delincuentes comunes era aplaudida por sectores que se autoproclamaban “honrados”, mientras la inteligencia y la empatía eran relegadas ante la tentación de resolverlo todo “a la brava”. Las pugnas políticas se volvieron tan ásperas y personales, que se desdibujaron los intereses nacionales. Las elecciones se teñían de sangre y las fracturas partidarias se convertían en carnicerías simbólicas y reales.

Elecciones: ritual o fraude

En este escenario, la democracia electoral se fue deformando. Las instituciones encargadas de garantizar elecciones libres fueron cooptadas, y el fraude se volvió previsible y aceptado con cinismo. Testimonios y documentos revelan prácticas de manipulación abierta: desde “cero votos para liberales” en ciertos municipios, hasta decomisos masivos de identidades. La indiferencia de muchos votantes y el control militar de los comicios convirtieron el acto electoral en un ritual simbólico, pero vaciado de sentido democrático.

Bipartidismo y bloqueo democrático

El debilitamiento del voto como expresión de la voluntad popular fue acompañado por la consolidación de un sistema bipartidista cerrado. Nacionalistas y liberales se turnaban en el poder, pactaban con militares o caudillos ajenos a sus propias filas, y obstruían sistemáticamente la inscripción de nuevas opciones políticas. La “proporcionalidad matemática” para repartirse cargos públicos pesaba más que cualquier visión de país. Mientras tanto, los foros de convergencia eran percibidos como apéndices del Ejecutivo, carentes de legitimidad o independencia.

Cinismo y clientelismo

La crítica al sistema no era solo estructural, también moral. Columnistas, intelectuales y voces ciudadanas cuestionaban el cinismo de los dirigentes, que exigían respeto a sus funciones mientras gestionaban plazas amañadas, promovían reformas constitucionales para prolongarse en el poder o utilizaban los recursos del Estado como botín político. La falta de diálogo auténtico entre gobernantes y gobernados, así como la concentración de decisiones en figuras solitarias, convertía la democracia en simulacro.

Carencia de nuevos liderazgos

En contraste con esa política cerrada, emergía la necesidad de nuevos liderazgos. No caudillos iluminados ni tecnócratas ególatras, sino personas con sensibilidad social, disposición al diálogo y capacidad para proponer rutas de transformación real. El sentido común -tan ausente en más de un siglo de dirección política- fue invocado como brújula indispensable. Los liderazgos alternativos eran neutralizados o cooptados, y la frustración se convertía en norma emocional.

Pactos rotos y falsa representación

Los partidos políticos, aunque poco eficaces, seguían siendo necesarios. Su supresión solo alimentaría la subversión. El pacto político -que buscaba abrir espacios de representación para todos los sectores sociales, económicos y políticos- terminó siendo relegado por las mismas fuerzas que lo impulsaron. Se prometieron gabinetes plurales y meritocráticos, pero las designaciones respondieron más al clientelismo que a la competencia.

Presidencialismo y culto al líder

El ejercicio del poder, en lugar de funcionar como representación, operaba como imposición. La figura del presidente, lejos de dialogar con el pueblo, gobernaba con secretismo, centralismo y rituales que rozaban el culto personal. Desde celebraciones forzadas de cumpleaños hasta discursos que prometían libertad de prensa mientras se acallaban voces críticas, la distancia entre el poder y la ciudadanía se volvía abismal.

El Artículo 4 y su incumplimiento

El artículo 4 de la Constitución, que exige participación amplia en la administración pública, fue invocado muchas veces como esperanza, pero rara vez aplicado. Los llamados “gobiernos de conciliación” fracasaban porque los representantes no eran escogidos por sus bases, sino designados desde arriba, sin respaldo ni consulta. Las reformas que prometían inclusión terminaban siendo cosméticas, y las viejas prácticas resurgían con nuevo ropaje.

Improvisación y falta de rumbo

La gobernabilidad, por tanto, quedó atrapada entre la improvisación y la inercia. Cada nuevo presidente heredaba una estructura ineficiente y una ciudadanía escéptica. El inicio de cada administración era celebrado como un nuevo pacto, pero pronto se revelaban las mismas deficiencias: aislamiento, lentitud, falta de planificación, desprecio por la legalidad y escaso compromiso con la justicia social.

Autoridad sin ciudadanía

Los llamados a la renovación se multiplicaban: acabar con la barrida de empleados por razones partidarias, erradicar el favoritismo en plazas públicas, garantizar la transparencia en elecciones, recuperar el respeto entre poderes del Estado, y sobre todo, restaurar la relación entre representación y autoridad. Pero la historia muestra una y otra vez cómo los nuevos elegidos imitaban los vicios de sus antecesores, profundizando el desencanto y dejando intacta la maquinaria de exclusión.

Honduras: país en proyecto

A lo largo de este recorrido, resuena la voz de Paulino Valladares, quien advirtió que Honduras siempre estaba en proyecto. Hoy, más que nunca, sus palabras conservan vigencia: el país sigue buscando gobernantes que no teman a la autocrítica, ciudadanos que asuman responsabilidades colectivas y partidos que entiendan que gobernar no es poseer, sino servir. Sin esa transformación ética, toda elección será solo una rotación de nombres en un escenario que repite, invariablemente, los mismos errores.

Este recorrido evidencia que los problemas de la gobernabilidad hondureña no son meros desajustes administrativos, sino síntomas de una estructura política atrapada entre la violencia histórica, el poder personalizado y la exclusión sistemática de las mayorías.

Las reformas proclamadas no han logrado transformar el fondo del problema: un Estado que reproduce desigualdades, que responde más a pactos entre élites que a demandas ciudadanas, y que ha convertido el ejercicio del poder en una práctica desconectada de la ética pública. Superar esta encrucijada requiere algo más que discursos o alternancias partidarias: demanda una reconfiguración profunda del vínculo entre representación y ciudadanía, entre legalidad y justicia, entre política y vida cotidiana.

De la simulación democrática a la urgencia de regeneración política

La narrativa aquí reconstruida demuestra que la democracia hondureña ha sido, en muchas ocasiones, un simulacro sostenido por pactos de élite, clientelismo y control autoritario del aparato estatal. La ciudadanía ha sido reducida a su papel más mínimo: votar sin garantías, obedecer sin participación y resignarse sin derechos. En lugar de construir espacios de deliberación, el sistema ha cultivado desconfianza, apatía y fragmentación.

La corrupción, el presidencialismo autista, la manipulación del sufragio y el uso faccioso de las instituciones se han convertido en síntomas crónicos de una anti-cultura política que reproduce sus propios fracasos. La representación se ha vaciado de contenido real, y la política ha dejado de ser una herramienta de transformación para convertirse en un ejercicio de administración del desencanto.

En medio de esa niebla, persisten señales de posibilidad. La historia hondureña ha sido escenario de resistencias silenciosas, liderazgos éticos y propuestas emergentes que apuntan a una regeneración política desde abajo. Recuperar la democracia no implica solo reformas institucionales, sino una transformación cultural profunda: reencontrar el sentido del servicio público, dignificar el ejercicio del poder y reconstituir el vínculo entre gobernantes y gobernados. Solo una ciudadanía activa, crítica y articulada podrá romper el ciclo de la simulación y abrir paso a una gobernabilidad que no solo administre lo existente, sino que se atreva a reinventar el futuro desde la justicia, la participación y la dignidad colectiva.

IV. DEMOCRACIA PENDIENTE Y PARTICIPACIÓN

La democracia en Honduras ha sido más una consigna que una experiencia vivida. En este capítulo, se despliega una lectura crítica de ese déficit histórico de participación ciudadana, partiendo de la aguda observación de Don Ramón Oquelí Garay sobre la farsa representativa, el clientelismo político y la exclusión estructural de las mayorías.

Se evidencia cómo el poder ha sido administrado por élites desconectadas del pueblo, mientras los procesos electorales han operado como rituales legitimadores de un sistema desigual. Han emergido voces que apuestan por una regeneración democrática desde abajo, reclamando una pedagogía política centrada en la comunidad, la transparencia y la construcción colectiva de lo público. La democracia, más que un régimen formal, se revela aquí como un proceso inconcluso que solo puede realizarse a través de una participación, crítica y organizada del pueblo hondureño.

Don Ramón Oquelí Garay se mostraba especialmente crítico ante lo que denominaba "la farsa de la democracia representativa". Denunciaba que las campañas electorales, dominadas por los partidos tradicionales, disfrazaban como elecciones libres lo que en realidad eran pactos cupulares, sin contenido programático ni participación ciudadana genuina.

Señalaba que los procesos electorales no modificaban las condiciones de fondo. La pobreza, la desigualdad y la impunidad seguían intactas. Los partidos, lejos de ser espacios de formación cívica, eran máquinas clientelares que premiaban la lealtad con empleos y contratos. Como escribió en uno de sus artículos: "El pueblo solo aparece en escena como elector mudo, no como actor consciente del destino nacional."

Criticaba con dureza la "democracia censitaria" -registro oficial de individuos o propiedades heredada del siglo XIX, en la que sólo los propietarios, letrados o influyentes participaban en la toma de decisiones. Aunque en el papel había sufragio universal, en la práctica persistía una ciudadanía de primera y otra de segunda. Cuestionaba el papel de los medios de comunicación, que según él habían sido cooptados por los poderes económicos y militares, contribuyendo a mantener una opinión pública conformista, desinformada o temerosa. La falta de pluralismo real convertía el debate político en monólogo de elites.

El lenguaje pomposo y vacío de los discursos oficiales le parecía una señal inequívoca de simulación. El desarrollo y la democracia eran usados como palabras vacías, sin correspondencia con las condiciones reales del pueblo: "Tenemos elecciones, pero no tenemos democracia. Tenemos ministerios, pero no tenemos políticas. Tenemos leyes, pero no tenemos justicia."

Llamaba a construir una democracia desde abajo, participativa, que empoderara a los sectores históricamente marginados. Proponía fortalecer los gobiernos municipales, reconocer el derecho a la organización popular y garantizar el acceso a la información y la educación como condiciones de ciudadanía plena.

Nación y democracia inconclusa

Aquí se articulan testimonios, fragmentos de prensa y reflexiones críticas que giran en torno a tres ejes fundamentales del desarrollo hondureño: la planificación nacional, la construcción de una nación con base en su pueblo y sus recursos, y el rol de las municipalidades como eslabón entre el Estado y la vida cotidiana. A través de una secuencia narrativa organizada de menor a mayor profundidad estructural, se revela una constante: la dificultad de traducir el proyecto de nación en acciones coordinadas, participativas y sostenidas en el tiempo.

Planificación: promesa incumplida

"¿Iremos a ver pronto reunidos a representantes de los diversos sectores, dándole forma a este proyecto?", se preguntaba un editorial en 1970, señalando con urgencia la necesidad de definir la postura del país ante el Mercado Común Centroamericano, delimitar sus fronteras, y poner en marcha un plan económico que enfrente la miseria. La planificación ha sido más un anhelo que una práctica institucionalizada. Las propuestas de reforma agraria integral, nacionalización de recursos estratégicos y transformación educativa han sido reiteradas con esperanza, pero escasamente implementadas.

Se invoca la seriedad administrativa como condición básica, y se reclama que quienes diseñan la política económica sean personas con solvencia moral y técnica, capaces de enfrentar la descapitalización, la inflación y el saqueo de los recursos naturales. Pero como lo muestra la discusión sobre dónde construir un aeropuerto internacional, los dilemas se resuelven sin planes claros, y las decisiones quedan a la espera de voluntades futuras. "La planificación debe ser respaldada por un Estado que coordine fuerzas sociales, no por improvisaciones desconectadas", se repite desde hace décadas.

Gobernanza e ingobernabilidad

Honduras ha sido un país disperso territorialmente y desorganizado socialmente. La población rural vive "en montañas y riscos, sin servicios urbanos ni organización productiva colectiva", como describe un testimonio. La desarticulación geográfica es también política: sin planificación del uso del suelo, sin infraestructura básica y sin Estado presente, se gesta una ingobernabilidad crónica.

Las instituciones no integran, ni educan políticamente. "Todo lo aguantamos", decía un ciudadano; "a veces cambiamos de amo, respiramos por un momento, y volvemos a hundirnos en la pesadilla". La legalidad se vuelve letra muerta, la política un juego de élites, y la representación una ilusión. El pueblo, alienado del poder, se refugia en la paciencia como virtud, y en la resignación como única forma de resistencia pasiva.

Proyecto nacional negado

"Queremos ser verdaderamente nación, pero no nos dejan", decía un editorial de *Patria*. La construcción de una identidad nacional ha estado atravesada por tutelas extranjeras, desconfianza interna y derrotas simbólicas. La referencia irónica a una "Honduras norteamericana" muestra hasta qué punto la dependencia ha contaminado la visión de país.

Frente a ello, algunas voces recuperan la noción de autodeterminación progresiva: "no necesitamos tutelas", proclamaban obreros, estudiantes y mujeres organizadas. La nación debe surgir del pueblo, no de discursos oficiales. "La docilidad de antaño ha sido sustituida por la legítima rebeldía", señalaba una crónica en 1971. Pero la desconexión entre dirigentes y dirigidos sigue siendo un obstáculo estructural.

Participación ausente

La Constitución habla de democracia participativa, pero en la práctica el ciudadano ha sido marginado como sujeto político. "El ciudadano es un hombre que no deja a otros el cuidado de decidir sobre su suerte", recordaba Méndez-France. En Honduras la política sigue siendo vista como terreno exclusivo de quienes gobiernan, mientras los demás asisten como espectadores.

La acción colectiva ha sido debilitada por la desinformación, el clientelismo y la represión simbólica. No obstante, desde algunos sectores periodísticos, barriales y sindicales, se ha promovido una conciencia fiscalizadora: "el poder público no debe ser un secreto; debe rendirse cuenta periódica de sus gestiones". Esta exigencia de transparencia es uno de los pilares de una democracia por construir.

La Soberanía

"La soberanía reside originalmente en el pueblo y de este dimanar todos los poderes públicos" (Artículo segundo constitucional).

Este precepto representa una de las afirmaciones más claras de un ideal de democracia directa. Su constante cita es prueba de su centralidad simbólica y de su distancia con la realidad.

Municipios subestimados

Las alcaldías en Honduras han sido tradicionalmente subordinadas, ineficientes y capturadas por camarillas políticas. Pocos municipios han impulsado procesos de superación desde su base. Se reconoce que "si quienes viven en los municipios luchan por construir una auténtica democracia local", el país podría avanzar con mayor rapidez y legitimidad.

La centralización excesiva y la falta de autonomía comunal refuerzan el círculo vicioso de abandono y desmovilización. Algunos testimonios sugieren que "el poder local puede ser el inicio de una transformación estructural", especialmente si se articulan esfuerzos con medios de comunicación independientes y movimientos ciudadanos con capacidad crítica.

Imaginación política y regeneración

La rutina burocrática, el reciclaje de discursos y la falta de creatividad en el ejercicio del poder son rasgos reiterados. "No se puede gobernar repitiendo lo que hicieron los antecesores sin atender las nuevas circunstancias", advertía un articulista. A esta falta de imaginación se suma la ausencia de voluntad política, la desidia ciudadana y una cultura política poco autocrítica.

Los fragmentos revelan una posibilidad de regeneración. Hay una conciencia creciente de que "el Estado no puede seguir funcionando como instrumento de un solo hombre", y de que "la comunidad puede y debe asumir responsabilidades compartidas". La historia no está cerrada: si la participación se convierte en acción organizada y articulada territorialmente, el proyecto nacional podría dejar de ser una promesa inconclusa.

La revisión de estos fragmentos permite entrever una profunda crisis de planificación y gobernabilidad en Honduras, marcada por la desconexión entre el discurso político y la realidad social. Aflora en muchos pasajes una voluntad popular latente, una fe persistente en la posibilidad de reorganizar el poder desde abajo, y una comprensión de que, sin participación activa del pueblo, todo proyecto nacional está condenado a quedar inconcluso. Este es un llamado no solo a la memoria, sino a la acción. La historia no está cerrada: su reescritura comienza con la decisión de participar e involucrarse.

Pedagogía para una nación compartida

Necesitamos centros de convivencia donde aprendamos a pensar y actuar solidariamente (*La Prensa, agosto 30, 1967*). Precisamente en eso consiste el diálogo: en exponer lo que se piensa, con vistas a un posible acuerdo, en un ambiente de mutuo respeto y comprensión.

Cuando todo a su alrededor es hostil, aunque se encuentre en el paraje de su nacimiento, los seres humanos no se sienten en su casa, en su patria, sino como un extranjero, como un extraño. Nadie, entonces, puede llamarlo a que defienda lo lejano.

Para evitar esta lucha suicida, de la que se aprovechan intereses que no son de los nuestros, se necesita toda una nueva pedagogía: la creación de comunidades donde se aprenda a trabajar en común y a discrepar con respeto en *comunidades de aprendizaje*. Se necesita que a los nuevos hondureños se les eduque con la mentalidad del diálogo y de servicio a la comunidad, exenta de revanchismos y prejuicios que ya hace mucho tiempo deberíamos haber superado.

La búsqueda del máximo entendimiento posible para no romper, sino fortalecer la cohesión social. El proceso de democratización tiene que seguirse a todos los niveles: en los partidos políticos, en la iglesia, en el ejército, en la familia. No hay soluciones independientes, cuando se trata de la misma realidad social.

Participar es reescribir la historia

La revisión de los testimonios, documentos y reflexiones recogidos en este capítulo deja en claro que sin participación auténtica no hay transformación posible. La planificación nacional fracasa si no integra a quienes viven en los márgenes; los municipios pierden sentido si no se fortalecen como espacios de autogobierno; y el ejercicio del poder se degrada si no se funda en el diálogo, la equidad y la responsabilidad compartida.

La democracia pendiente en Honduras no se resolverá desde las cúpulas, sino desde la vida cotidiana, desde el compromiso territorial, desde la regeneración ética del vínculo entre ciudadanos y Estado. Es allí, en esa convergencia de necesidades y esperanzas, donde puede gestarse una nueva forma de gobernanza realmente democrática.

La historia hondureña no está cerrada ni determinada por su pasado autoritario. Cada acto de participación, por pequeño que sea, es un gesto que interpela al poder y lo transforma. Frente a la exclusión, la comunidad; frente al cinismo, la imaginación política; frente a la desmovilización, la organización con sentido colectivo. Como bien lo señalaba Don Ramón, no se trata de esperar que la democracia llegue desde arriba, sino de construirla desde abajo, como ejercicio cotidiano de soberanía, justicia y dignidad. El futuro de la nación dependerá, en gran medida, de nuestra capacidad de reaprender a convivir, disentir y decidir juntos.

V. SUJETOS COLECTIVOS Y TRANSFORMACIÓN

Frente al desencanto político y la simulación democrática, Don Ramón Oquelí Garay proyectó una visión profundamente ética y transformadora, anclada en la construcción de sujetos colectivos capaces de regenerar la vida pública hondureña. Más allá de las denuncias, su pensamiento convoca a la dignificación de la ciudadanía desde una participación activa, consciente y organizada.

Aquí, se entrelazan ideas, testimonios y propuestas que apuntan a reconstruir la república desde la base: mediante la educación liberadora, la articulación social, la inclusión real y el compromiso compartido. Lejos del voluntarismo ingenuo o del caudillismo providencial, Don Ramón apostaba por una Honduras construida con paciencia y firmeza desde sus pueblos, sus mujeres, sus jóvenes y sus trabajadores, como protagonistas de un proyecto colectivo que aún está por realizarse.

Don Ramón Oquelí Garay no se limitó a denunciar las fallas del sistema político hondureño. Esbozó una visión de futuro basada en la dignificación de la ciudadanía y la regeneración ética de la república. Su pensamiento, nutrido de historia, experiencia y compromiso, apostaba por una Honduras distinta: más justa, participativa y solidaria.

Para él, una nueva ciudadanía debía construirse desde la conciencia crítica, la organización comunitaria y la participación activa en los asuntos públicos. Creía que solo una población informada, movilizada y articulada podía frenar los abusos del poder y reorientar el rumbo del país. Reivindicaba el papel de la educación en la formación ciudadana, no solo como transmisión de conocimientos técnicos, sino como cultivo del pensamiento libre, la responsabilidad social y la sensibilidad humanista. Proponía fomentar una educación pública de calidad, accesible y centrada en valores democráticos.

La patria digna que imaginaba Don Ramón no era una abstracción retórica. Era una sociedad donde los derechos fundamentales fueran garantizados, la riqueza distribuida con equidad, y el Estado estuviera al servicio del bien común. Una patria donde la justicia no fuera privilegio, la verdad no fuera temida, y la libertad no fuera simulada. Planteaba la necesidad de refundar las instituciones desde la ética, recuperando la política como vocación de servicio, y no como botín. Abogaba por una cultura política que premiara la decencia, la coherencia y el compromiso con los más vulnerables.

Don Ramón no creía en soluciones mágicas ni en caudillos providenciales. Apostaba por los procesos lentos pero sostenibles, por la construcción colectiva, por el diálogo intergeneracional y el aprendizaje de las luchas sociales del pasado. Su legado invita a mirar el porvenir con esperanza crítica y acción persistente. Al recuperar su pensamiento, no sólo rendimos homenaje a una figura clave del pensamiento nacional, sino que nos dotamos de herramientas para pensar, re-pensar y transformar nuestra realidad desde una ética de la dignidad y la corresponsabilidad histórica.

Inclusión y responsabilidad compartida

La conciliación nacional sigue en los cuernos de la luna. Corren tiempos propicios para decir adiós a las tiranías...o para embarcarnos -o ser atrapados- por ellas (*Tiempo, abril 30, 1971*). Mientras el Estado no se atreva a planificar nuestro desarrollo en forma realista y efectiva, la vagancia limosnera o remunerada será la imagen principal que seguiremos ofreciendo a quienes nos visitan. Cada semana que pasa, lo que más vemos prosperar es la mendicidad: legiones de niños y personas mayores obstaculizando el tránsito, implorando el favor de la moneda.

Dejaremos a un lado los consabidos ataques, a la larga insensatos e inicuos, contra uno o más sectores de la nación, porque consideramos que aquí todos somos culpables, por acción o por inercia.

Hoy pensamos que no hay derecho a permanecer tranquilos cuando las cosas van mal a nuestro alrededor. Aunque podamos aislarnos de los afanes y problemas comunitarios, sabemos que sería cobardía hacerlo. En un mundo convulsionado ya no podemos pretender estar tranquilos, mientras los otros no lo estén.

El incumplimiento de la ley ha sido parte del problema. Entre los artículos de nuestros legisladores, reproducidos textualmente del Código Civil chileno, figura el que dice: “La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la ley remita a ella.”

La solución de este problema en Honduras se encontraría en el estricto cumplimiento del artículo 4 de la Constitución: la participación de todos los sectores en el afianzamiento de la nacionalidad. Si nadie se sintiera excluido, todos tratarían de apuntalar el edificio que se construya. *Octubre, 1968*. Si ahora se vuelve a su espíritu, complementándolo con el contenido del artículo 4 de nuestra Constitución, podemos iniciar en Honduras una nueva era de entendimiento y progreso en beneficio común (*El Día, septiembre 10, 1970*).

Apuntalar arcos en ruinas no es tarea que presagie éxitos, sino vocación de suicidas. Una estructura sólida solo puede levantarse sobre bases firmes: trabajadores, empresarios, políticos, civiles y soldados tienen frente a ellos un trabajo en común: la integración nacional (*La Prensa, julio 24, 1968*). Estos, por su parte, responden con igual desprecio. Surge, especialmente entre estudiantes y obreros, el antimilitarismo. En muchos países se han producido graves conflictos debido a la falta de áreas de mutuo encuentro entre civiles y militares. Aquí, donde no existe aristocracia, todo tiene inequívoco origen popular.

Con Brasil, somos en América el país con mayor desigualdad en la distribución de los ingresos. Si desde el punto de vista de la creación cultural -danza, poesía, teatro, narrativa, pintura, escultura, caricatura- es evidente el avance durante este medio siglo, no lo ha sido tanto en los campos económico y político. Desgraciados los pueblos que solamente tienen “un” hombre. (*La Prensa, octubre 11, 1969*). Nuestros grandes inquisidores están a punto de establecer para siempre los reinos de la Muerte.

Mujeres: testimonio y reconstrucción

Esas dos mujeres de Lempira que se hicieron presentes para denunciar la barbarie oficial son todo un símbolo: representan la realidad de la Honduras de siempre; son también la incitación para que construyamos otra. *A la tarea, todos*. (*La Prensa, mayo 23, 1968. El Pueblo, mayo 24, 1968*).

Educación para la conciencia crítica

Y cómo lograr que quienes están creciendo adquieran una más equilibrada responsabilidad (*La Prensa, mayo 20, 1968*). Para ejercer la democracia hay que aprenderla, y para que se mantenga hay que enseñarla. Evitando quedarnos en un simple juego de palabras, se debe democratizar la enseñanza y hay que enseñar la democracia.

La escuela primaria debe ser el primer taller de adiestramiento para el trabajo colectivo. Una educación integral y renovada permitiría la formación de jóvenes que no se sintieran tan desorientados, sino que se reconocieran como parte de la comunidad, conociéndola en su realidad y no a través de deformaciones simbólicas, como aquella consigna manipuladora: “¡Qué dicha más grande nacer en Honduras!”.

El hondureño percibe el país escindido entre quienes poseen, pueden y mandan, y quienes apenas sobreviven. Se ha intentado educarnos con lirismo y utopía, ignorando los conocimientos reales. En vez de formar ciudadanía crítica, se nos adorna con símbolos patrióticos sin sustancia, y se promueve una cultura política envejecida, sin renovación ni juventud.

En varios países del continente han surgido grupos responsables que exigen el abandono de esta actitud estéril. Se debe estudiar la realidad tal cual es y planificar su transformación. Pero de poco servirá un plan de desarrollo, por muy bien pensado que esté, si no es conocido por la ciudadanía. Cuando el conocimiento queda restringido a técnicos, se neutraliza como fuerza transformadora. Es necesario la realización de una estrategia de abordaje territorial participativo desde los pobladores y pobladoras de los municipios, Departamentos, regiones y a nivel nacional. Pero no pagándole a consultores externos, sino que aprovechar la oportunidad para desarrollar métodos y contenidos que van siendo apropiados por los propios pobladores.

Organización social desde la base

Las organizaciones con doctrinas más avanzadas siguen atrapadas en pleitos internos menores, fragmentadas y debilitadas. Lo expresado por los sindicatos del norte refleja una preocupación compartida en todo el país. La diferencia es que ellos lo proclaman en voz alta, mientras que en otras regiones solo se murmura, como si existieran dos países distintos: uno de ciudadanos conscientes, y otro de quienes solo esperan milagros o castigos.

Vivimos -decía Merton- en un mundo donde toda mentira tiene curso legal. En medio de esta confusión, la responsabilidad de los hombres de fe es encarnar esa fe, no razonarla. La identidad personal se descubre en relación con los otros, no en aislamiento. Si la conciencia ciudadana se refuerza, deberá emprenderse con urgencia la organización de un frente amplio que enfrente demandas campesinas y obreras, abra el sistema político, y rompa la inercia de unas aldeas, pueblos y ciudades sin ciudadanía activa, donde se decide mucho, pero los capitalinos en el Distrito Central no eligen ni su alcalde. Compendias peligrosas, pero posibilidades reales: el desafío está en articular un frente popular que deje atrás el caudillismo estéril.

Transformación desde la ética y la comunidad

El legado de Don Ramón no ofrece atajos ni recetas fáciles. Plantea una transformación radical, pero no estridente; lenta, pero firme; ética, pero profundamente política. Advierte que la construcción de una patria digna no puede darse sin una ciudadanía activa, educada en la conciencia crítica, capaz de exigir derechos, asumir responsabilidades y organizarse más allá del clientelismo y la dispersión.

La democracia verdadera -nos dice- no vendrá desde los discursos ni desde el poder centralizado, sino desde la articulación territorial, la acción colectiva y el cultivo de una sensibilidad solidaria que reconozca al otro como parte indispensable del nosotros. Es en esa pedagogía cotidiana de la convivencia donde puede echar raíces una nueva república.

Frente a la fragmentación, el cinismo y la desigualdad, este capítulo propone una apuesta: a reconstruir la nación desde sus sujetos colectivos. En cada comunidad organizada, en cada educador que siembra conciencia, en cada mujer que alza la voz por justicia, se manifiesta la posibilidad de una Honduras distinta.

El reto está en sostener esa esperanza en medio de la adversidad, transformar la indignación en propuesta, y la exclusión en encuentro. Como decía Don Ramón, no basta con imaginar otro país: hay que trabajarlo con dignidad, compromiso y voluntad compartida, para que la república que aún no hemos tenido comience, por fin, a ser construida desde abajo.

VI. PROPUESTA DE GOBERNANZA TRANSFORMADORA

La prolongada crisis política e institucional que ha atravesado Honduras no solo ha dejado cicatrices visibles en su estructura estatal, sino un profundo desgaste en la conciencia ciudadana. La desconfianza hacia las élites, el descrédito de los partidos y la normalización de la corrupción han fragmentado el vínculo entre pueblo y Estado, alimentando una democracia sin contenido y una gobernabilidad basada en pactos excluyentes. Se impone la necesidad de repensar la gobernanza desde sus fundamentos: no como una simple gestión del poder, sino como una construcción ética, participativa y territorialmente arraigada.

Se plantea una ruptura con los moldes tradicionales de ejercicio del poder. Se retoma las críticas de Don Ramón Oqueli Garay y las entrelaza con propuestas que emergen desde la base social, desde las comunidades marginadas, los movimientos ciudadanos, los educadores populares y los liderazgos éticos dispersos. La apuesta es clara: refundar el pacto social desde una nueva relación entre el Estado y su pueblo, superando la lógica de tutela, improvisación y simulación que ha caracterizado la historia política hondureña. La transformación es posible, pero solo si se la asume como responsabilidad compartida y camino de largo aliento.

El país sigue a la deriva en muchos aspectos. La ciudadanía continúa cuestionando la legitimidad del poder y la efectividad de sus instituciones. Se hace urgente una redefinición de la relación entre civiles y militares, así como un compromiso real con la construcción de una república democrática, ética y participativa, donde se erradique la corrupción, se respete el sufragio y se fortalezca el Estado de derecho.

Como advirtió Eduardo Galeano, "los presidentes gobiernan, pero no mandan". La lucha por cambiar esta realidad continúa siendo uno de los desafíos centrales de la historia política hondureña.

Reflexión sobre la inercia histórica: Saqueo y chantaje

“Nuestra vida pública ha flotado a la deriva, ejercitada exclusivamente por una minoría, mientras el pueblo permanecía alejado y ajeno a las decisiones que le afectaban.”

El Comentario sobre el presidente López Gutiérrez: “El presidente López continúa encerrado en sus residencias. Parece que su función solo la ejerce frente a sus colegas; es el presidente de los hondureños en el extranjero.”

Crítica de HI Margall: “Preciso es confesar, que la debilidad de los gobiernos es aún mayor que su ignorancia.”

¿Qué es una dictadura?

Según Franz Neumann: “Es el gobierno de una persona o de un grupo de personas que se arrojan el poder dentro del Estado y lo monopolizan, ejerciéndolo sin restricciones.” (*Fuente: La Prensa, 8 de noviembre de 1968*)

“¿Quién manda en Honduras?”

“Podemos atribuir la situación de progresiva discordia a las dudas sobre quién y cómo se manda en Honduras.” (Editorial anónimo, 1968). Esta pregunta atraviesa décadas de historia hondureña: entre presidentes formales, juntas militares, poderes económicos y tuteladas extranjeras.

Fracturas, resistencias y caminos

Reducir el todo a uno de sus componentes es tan absurdo como decir que el cuerpo humano es solo el dedo gordo del pie derecho (*Morin*). El éxito de un nuevo gobierno dependerá de su capacidad para coordinar las dispersas voluntades hondureñas en torno a la acción común, neutralizando la indiferencia ciudadana que ha alimentado la irresponsabilidad estatal.

Se sigue creyendo que los problemas sociales pueden resolverse solo con inversión económica, sin organizar a las poblaciones para que sean protagonistas activas de su propio desarrollo. La soberanía nacional solo se construye con trabajo cotidiano y alerta, sacudiendo la modorra y enfrentando a los poderes internos y externos que perpetúan la servidumbre. La tarea postergada sigue siendo la organización popular proactiva.

“Verdades como puños” deben repetirse hasta que se conviertan en fuerza creativa: la indiferencia, la no participación y el desconocimiento de la realidad no desaparecerán hasta que enfrentemos la aurora de un nuevo despertar colectivo (*La Prensa, octubre 18 y 29, 1968*). La única solución verdadera es abrir caminos nuevos en el país real, y sobre ellos, construir un Estado sólido y legítimo (*La Prensa, marzo 19, 1969*). La hipocresía ha cedido su lugar al cinismo programado (*La Prensa, octubre 15, 1969*).

Como dice el pueblo: hay que “arrimar el hombro” y acuerparnos para que esta nueva etapa administrativa no sea otro simple trámite burocrático (*Tiempo, mayo 7, 1971*). Conocemos bien los condicionamientos que nos trajeron hasta aquí. Ahora sabemos reconocer los caminos que pueden conducirnos al nuevo día (*Tiempo, febrero 16, 1971*).

Las canciones de protesta no deben reemplazar la acción. Deben despertarnos, no dormirnos. Los pueblos, como los individuos, pueden cambiar su trayectoria si corrigen sus actitudes y transforman las condiciones que sustentan su existencia. Nuestro tiempo ya no es de discursos rebuscados y exagerados. Desgraciados los pueblos que dependen de un solo hombre (*La Prensa, octubre 11, 1969*).

Pero siempre la inexorable realidad acaba por imponerse (*La Prensa, marzo 18, 1968*). Hubo gobernantes que, pese a llegar sin prestigio, ganaron legitimidad por su gestión. Pero dejaron problemas sin resolver, especialmente en su sucesión, lo que agravó la crisis política (*La Prensa, junio 14, 1968*). El disimulo solo prolonga los males que aún tienen remedio (*La Prensa, julio 12, 1968*).

No somos imparciales, somos tendenciosos: queremos transformar el país porque su pasado y su presente no nos satisfacen. Cada país llega a un punto donde el orden se impone, a veces a un costo alto que pudo evitarse (*La Prensa, agosto 5, 1967*). Siempre habrá personas dispuestas a servir a su país y a persistir en su empeño hasta que el Estado asuma su responsabilidad (*La Prensa, agosto 18, 1967. Magisterio #7*).

La sal no ha perdido su sabor, ni la tierra es tan estéril como parece. Estamos entrando en una época muy interesante (*Arthur Miller*).

Hacia una gobernanza posible

La lucha por la independencia solo puede culminar con la independencia. La Constitución vigente, con siete años de existencia (1965-1972), aspira -como todas- a la durabilidad y universalidad. Pero la gobernabilidad se ve amenazada por la incertidumbre de su aplicación. El empuje popular puede disolver los residuos de servidumbre si se cultiva una conciencia alerta y una ética de compromiso. No basta con tener ideas, hay que resolver el yo individualista en función del nosotros colectivo.

La democracia no se construye desde la indiferencia. Exige asumir el destino político en carne propia, vivir en movilización permanente, como lo sugiere Aranguren. El fracaso de la forma de gobierno establecida en la Constitución amenaza con abrir las puertas al poder militar, siempre al acecho de la debilidad civil. Seguimos sin un proyecto global de nación auténtica.

Las soluciones verticales han demostrado su insuficiencia. El desarrollo debe ser compartido y generado desde las comunidades. Es urgente el cambio. La resignación no es opción. El pueblo debe dejar de ser espectador. Es tiempo de tomar el timón, con conciencia y dignidad.

Participación como vía transformadora

Una Gobernanza Verdadera y Posible no puede edificarse sobre la exclusión, el cinismo ni la improvisación. Debe nacer del trabajo y abordaje colectivo, la educación crítica, la organización social activa y el compromiso político permanente. Requiere el abandono de las salidas verticales y el cultivo de una democracia vivida y enseñada desde la base. La reconstrucción del país no es utopía si se asume con lucidez, ética y participación. La historia está abierta, el porvenir no está escrito: depende de nuestra decisión de transformar lo que somos, para alcanzar lo que merecemos.

Del desencanto a la corresponsabilidad

La historia reciente ha demostrado que ninguna reforma será suficiente si no se acompaña de una profunda regeneración ética y de una participación ciudadana activa. No bastan las leyes ni las nuevas constituciones si el pueblo permanece relegado al papel de espectador.

La verdadera gobernanza se construye con ciudadanía consciente, con instituciones abiertas al escrutinio y con liderazgos dispuestos a rendir cuentas. La transformación que Honduras necesita no será obra de iluminados ni de tecnócratas, sino de un tejido social fortalecido, capaz de imaginar el país que merece y de luchar por él desde la base.

Frente a la resignación, la indiferencia y el cinismo, este capítulo es una invitación a tomar el timón de la historia. La gobernanza transformadora no es un ideal inalcanzable, sino una posibilidad real cuando se funda en la participación, la memoria crítica, la acción territorial y la dignidad compartida. El porvenir de Honduras no está escrito: depende de nuestra capacidad colectiva para abandonar el lamento, abrazar la corresponsabilidad y atrevernos a construir, desde abajo y con todos, una república verdaderamente democrática, incluyente y justa.

CONSIDERACIONES FINALES

Se propone una síntesis crítica y propositiva sobre los desafíos estructurales de la gobernanza en Honduras, a la luz del pensamiento de Don Ramón Oquelí Garay. Lejos de tratarse de una simple enumeración de problemas, se articulan aquí las raíces históricas, culturales y políticas que han moldeado un Estado excluyente y una democracia simulada.

A través de una mirada lúcida y comprometida, se propone una transformación profunda que parte del reconocimiento de la fragilidad institucional y avanza hacia la construcción de una república soberana, participativa y ética:

1. La fragilidad institucional no es coyuntural, sino estructural. La inestabilidad política hondureña no es producto de errores puntuales de gobierno, sino resultado de una arquitectura histórica que excluye y fragmenta. El Estado ha sido moldeado para proteger privilegios, simular democracia y obstaculizar la participación efectiva del pueblo.

2. La cultura política normalizó el clientelismo, el fraude y la improvisación. Esta cultura, alimentada por el cinismo y la indiferencia, ha convertido al poder en un botín partidario. La gobernabilidad simulada se sostiene sobre la desvinculación entre el discurso democrático y la práctica autoritaria.

3. La historia ha sido manipulada, pero puede ser herramienta de conciencia. Don Ramón proponía una historia crítica, viva, como interpelación ciudadana. Leer el pasado no para conmemorarlo, sino para transformarlo.

4. La soberanía no es solo territorial: es ambiental, cultural, política y ciudadana. Don Ramón plantea que el empoderamiento popular requiere romper con la subordinación a intereses externos y élites internas. La independencia inconclusa solo se completará con una gobernanza soberana y participativa.

5. El poder militar fue tutor, no garante de la democracia. Lejos de proteger el orden constitucional, el poder armado ha restringido la voluntad popular y perpetuado la simulación.

6. La refundación de la república exige romper con la inercia autoritaria. No se trata solo de reformar leyes, sino de reconstruir el vínculo entre pueblo e instituciones desde una ética del bien común y la corresponsabilidad.

7. Sin participación real, la democracia es simulación. La democracia limitada al voto no transforma, solo legitima el poder. La participación crítica y organizada es el camino para construir ciudadanía activa.

8. La pedagogía política es clave para la regeneración democrática. Educar para la democracia significa enseñar a deliberar, disentir y decidir colectivamente. Los centros educativos deben ser talleres de convivencia y compromiso.

9. La transformación vendrá de los sujetos colectivos, no de las élites. Mujeres, jóvenes, educadores, trabajadores, comunidades: son ellos quienes portan las alternativas. La democracia viva nace desde abajo.

10. Ética pública y corresponsabilidad son cimientos de una nueva república. No hay futuro sin responsabilidad compartida. Gobernar es servir, no lucrarse. Participar es existir políticamente.

11. La gobernanza transformadora exige romper con el poder vertical. La gestión centralizada y excluyente debe dar paso a formas de poder distribuido, transparente y al servicio del bien común.

12. El porvenir no está escrito: es tarea compartida, no concesión de las élites. Don Ramón nos invita a no resignarnos. La historia está abierta, y cada acto de participación es un acto fundacional de la república que merecemos.

El camino hacia una gobernanza verdadera no está predeterminado ni reservado para las élites: es una construcción colectiva, ética y democrática. Estas reflexiones finales no son un cierre, sino una invitación a actuar, a pensar con autonomía, a organizarnos y articularnos con responsabilidad. Recuperar la soberanía, regenerar la ética pública y democratizar el poder no es una utopía, sino una tarea histórica urgente. Hay que imaginar, construir y sostener, desde abajo y entre todos, una nueva forma de habitar el poder y de soñar el país. Como nos recuerda Don Ramón, la república será del pueblo o no será.

BIBLIOGRAFÍA

Infante, Segisfredo (compilador)

1991 *Un Homenaje y Cinco Presentaciones*. UNAH, 170p, Honduras.

Paz Aguilar, Ernesto (compilador)

2005 *Ramon Oqueli y la Estampa de la Espera*. Litocom, 188p, Honduras.

Oqueli, Ramón

1981 *José del Valle: dos semblanzas*. UNAH, 52p, Honduras.

1983 *La Visera Entrañable*. CEDOH, 40, Honduras.

Para Actualizar el “Marinas”. UNAH, 94p, Honduras.

1984 *Presencia de Ortega en América*. UNAH, 29p, Honduras.

Antología Mínima de la Obra de José Ortega y Gasset. UNAH, 36p, Honduras.

La Fama de un Héroe. UNAH, 25, Honduras.

1985 *Los Hondureños y las Ideas*. UNAH, 47p, Honduras.

Gente y Situaciones II (1970-1974). UNAH, 363p, Honduras.

1986 **Cronología de la Cultura Hondureña: RHV (actualización)**. UNAH, 70p, Honduras

1987 *Centenario de Irisarri*. UNAH, 42p, Honduras.

1988 *Bibliografía Social y Política de Honduras*. UNAH, 192p, Honduras.

1989 *1862*. UNAH, 152p, Honduras.

1990 *El Primer Año de Bográn*. UNAH, 36p, Honduras.

1991 *Mixturas*. UNAH, 169p, Honduras.

1994 *Gente y Situaciones I (1966-69)*. UNAH, 515p, Honduras.

1995 *Gente y Situaciones III (1975-1989)*. UNAH, 424p, Honduras.

1997 *Honduras, Estampa de la Espera: sucesos públicos y vida cotidiana*. Ediciones Subirana, 378p, Honduras.

2001 *Gente y Situaciones IV (1990-99)*. UNAH, 244p, Honduras.

2004 *Valle entre la Fantasía y el Rigor*. Ediciones Subirana, 123p, Honduras.

Sierra Fonseca, Rolando

2004 *Ramon Oqueli: Una Lucha Tenaz Contra el Olvido*. Ediciones Subirana, 187p, Honduras.

